

ÁRBOL DE SAN JUAN DE LA CRUZ

Sobre el agua, la piedra;  
sobre la piedra, el árbol,  
sobre el árbol, la luz;  
sobre la luz, la aérea  
llamada del abismo.

Plantada por la mano  
del cantor de la noche,  
árbol del paraíso,  
árbol de la escritura,  
árbol carnal que es llama inextinguible.  
Los bosques y verduras  
en la vertical subida  
de la tierra a las cimas.  
La lluvia de los siglos  
alimentando el sueño  
de los hombres que saben  
que su vida es del aire.

Sobre el agua, la piedra;  
sobre la piedra, el árbol;  
sobre el árbol, la luz;  
sobre la luz, la cálida  
presencia del abismo.

Ceñido a la corteza  
dura del roquedal,  
árbol del tiempo muerto,  
árbol de la memoria,  
árbol que toda ciencia ha trascendido.  
La fe del hortelano  
en el temblor del agua,  
en la tibia dulzura de la noche.  
La vertical promesa  
de un espacio sin sombra  
volcado de lo alto hacia lo alto.

Sobre el agua, la piedra;  
sobre la piedra, el árbol;  
sobre el árbol, la luz;  
sobre la luz, la ingrátida  
ternura del abismo.

Carlos Aganzo



EL MANZANO DE LA MUERTE

LA ORACION DEL ÁRBOL

I

Como un Adán que añora el Paraíso  
y busca en el hambre la manzana  
que colme para siempre su deseo.  
El que carga por otros las maletas del dolor  
y bebe un vino arrancado a las uvas de la sed.  
El que de todo engaño se desprende  
y se hace tan fértil como el viento  
cuya soledad es el camino de la vida  
para bandadas de aves migratorias,  
el rayo de luz que se adentra en la tiniebla  
y le entrega su rostro a lo invisible,  
el agua que de toda imagen se desprende  
para apagar la fiebre del sediento.  
Transforma en belleza su renuncia  
y no le detienen las flores que salen a su paso  
sino aquellas que hizo brotar dentro de sí,  
allí donde nada aparecía.

II

Como el árbol que de un manto de oro  
se desnuda  
y en las hojas caídas funda su esperanza,  
renuncia a complacerte en la apariencia,  
descubre la caricia que nunca se termina,  
el silencio que todo lo consuela,  
el mortal acero de sus filos.  
Sepulta en la tierra tantas alas  
como en la altura haces volar.  
Conocerás la lucidez de la sal  
cuando el mar en la playa la abandona  
y brilla al sol como un diamante.  
Sólo entonces descubre su sabor.  
Oirás crecer la hierba, escucharás  
los susurros de la brisa, el canto de la lluvia,  
las voces de los hombres...  
Al fin, la oración del árbol solo,  
la primera intuición de lo sagrado.

Señor que en lo perdido se posee.

José Pulido Navas

DIÁLOGOS  
DE  
CARMELITAS

teresa de jesus

fr. ju. de la c.

EL ÁRBOL

Auditorio de San Francisco  
11 de Diciembre de 2013

Introducción

¡Imposible imaginarse un mundo sin árboles! ¿Dónde quedaría la belleza? ¿Y dónde el frescor, la flor y el fruto? Sería como quitarle las palabras a la poesía, las notas a la música, o el agua a los ríos y mares.  
Podemos adentrarnos por un desierto o caminar entre los trigales veraniegos de Castilla... pero aún ahí nos anima la esperanza de encontrar el oasis, o llegar a una chopera donde refrescarnos.  
Tampoco es imaginable ahondar en la mística de Teresa y Juan sin encontrarnos con esos árboles que nos dicen tanto. Como ciudadanos de Castilla no son prolijos al hablar de árboles... Pero cuando caminando entre la esencialidad de sus páginas nos encontramos alguno, enseguida nos amparan en su sombra, y nos hablan, y nos cobijan.  
El árbol: un símbolo que con su fuerza despliega la imaginación. El árbol: un lugar de amparo, sombra, fuerza, y alimento... El árbol, expresión de toda una historia, la historia de la humanidad y de la humanidad con su Dios.  
Los árboles de Teresa y Juan son pocos. A veces expresan nuestro ser, nuestra vida, nuestro presente y futuro. Otras veces el árbol es fuente de vida, y de vida verdadera, no solo sombra o fruto pasajero. Y a veces es símbolo del olvido, de la amenaza, de lo caduco.  
En este diálogo será la palabra entorno al árbol nuestro centro de atención. Árboles testigos del paso de la historia de Teresa y Juan, y árboles simbólicos presentes en sus obras, que se encuentran con esos otros árboles que a la vez se hacen, inspiran y surgen de la mirada poética que diversos autores nos presentan. Los textos de Teresa y Juan serán la excusa y la inspiración para este diálogo entorno al Arbol.

Javier Sancho

EL ÁRBOL DEL AMOR

Es la flor que perfuma, la que tiene ese olor en el árbol y se arroba de una fragancia dulce. Es la flor que derrama olor a tiempo amarrado en tus ojos y que tiembla cuando deja en las ramas el sentido intenso y deleitoso. Es la flor y se olvida una vez presentado su perfume. Árbol de amor, tan frágil, como un labio regalado y efímero, tan leve como el polvo y el agua, como el fuego. Y es fruto del manzano, es la caricia de una verdad tan honda, de un ejemplo tan inmenso que ya nadie se olvida de su existencia frágil. Es el gozo de vivir y servir, y ser constante en regalar tu vida, en dar la mano a quien la necesita con la plena verdad que en ti se afirma. Árbol de niebla, de noche, de silencio, de secreta memoria en ti habitando la memoria.

José maría Muñoz Quirós

LA MORERA DE TERESA

Mora de la morería

Conversaciones con Guiomar

I

¿Quién es ella, vos urdida, qué menester de reen-cuentros guarda en sí su maravilla? ¿En qué som-bra de qué árbol La Santa se guarecía? ¿Qué aventura diseñaba con sus monjas carmelitas? ¿De qué está hecha la cabaña donde Teresa dor-mía? ¿Qué cábalas diseñaba al desfallecer (d)el día? ¿Hablaba con su Dios siempre bajo la morera erguida? ¿Por qué buscar silencio si ella el ruido detenía? ¿Qué discurso, de qué cuna, por qué espacio y en qué huida? ¿Qué reforma, qué casti-go, qué vínculo las unía? ¿Qué palacio, cuál la huerta, dónde el rayo tras la vida? Cuente más, señora mía. Diga pues, Guiomar, su amiga, ¿qué paloma posó presto en la entraña azul y ocre de esta tierra de Castilla?

Metamorfosis teresiana

Conversaciones con Teresa

II

Curioso que la morera - después de escuchar sus plantas - dé silencio a su doctrina, sombra y fruto de gusanos. Luz de muerte y seda suave, vida austera que es testigo de cómo una criatura refor-ma sola doctrina. Nacimiento planeado tras los nervios de las hojas: en el haz, la larva asoma; y al envés, la mariposa. Alimento de otras luces, eterna metamorfosis (de raíces, tronco y ramas) que en la raza teresiana supo no callar del todo resurgiendo como Fénix - de un castillo, de un palacio, de una crisálida pura, de una casa con un patio - una mujer que fue Vida. Dios el árbol y ella, fruto. Dios morera y ella, mora. En el haz, la larva asoma; y al envés, la mariposa.

Rut Sanz

EL ARBOLITO DEL ALMA

XÓCHITL AMATZCALLI

I

Cuando la oscuridad ciñó la cintura del mundo y bailó con él en la pista del universo; cuando cayeron las hojas de las copas de los árboles en la estación de las prepotentes y persistentes cam-panas color ocre; cuando más bellos y extraños ángeles renegaron de su Creador y naufragaron, como bar-cos del Antiguo y el Nuevo Mundo, en las islas del fondo de los mares, las fieras profanaron los cuerpos del hombre. En los remotos bosques y en las profundas cavernas resonó el llanto. Manó la sangre. Tiñó de rojo y púrpura los ríos de los Continentes y los mares del mundo. Pero nació, según rezan los códigos mestizos, Xóchitl Amatzcalli, el 24 de junio de 1542, el joven del trato afable y del corazón amasado con silencios de paloma y virtudes del arbolico del alma.

~

II

Xóchitl Amatzcalli vivía como una persona más sobre la Tierra, hasta que creció y se hizo hombre. Entonces, subió a la cima del Monte Carmelo, se sentó en una piedra y cerró los ojos. Vio un mundo más verde y más puro y cantó una canción nueva con un aliento que no era el suyo...

Sembró la semilla que había brotado en sus manos en una tierra más transparente. Mil soles brillaron en el lecho de sus párpados, ardieron mil llamas en la zarza de amor vivas. Bajó del monte y cosió con sus manos la herida del hombre, y le puso una triaca con recina del árbol de la cien-cia, para que su alma resultara olorosa cual prado de ver-duras esmaltado de flores. Xochitl Amatzcalli sonrió y dicen que no apareció más por ningún lado, que se perdió quizá por algún pueblo de Ávila o de Segovia, o de Chiapas, cuando un pastor acarreaba a su reba-ño de ovejas.

Juan Ángel Torres Rechy

EL ÁRBOL DE LA VIDA

I

Percibí aquel árbol no por su solemne copa ni por la vastedad de su sombra. Tampoco su grácil silueta fue, más que una inoportuna, pero apacible, distracción en la huida. No supe que sus ramas eran cálida morada de rapaces y templo para crisálidas y larvas. No pude imaginar que la cáscara era solo un préstamo del fruto ni muchos menos que el diámetro del tronco, albergó la memoria del otoño homicida.

II

A sus pies concebí, aunque no acerté a comprender, el rumbo de la madeja de lluvia, la cosecha del silencio en las postrimerías de la luz o la insalvable levedad de la tarde en los reflejos de las llamas. Lo que nunca llegué a descifrar fueron los signos en la corteza, el rumbo de los flujos de savia por las grietas cuarteadas, señales inequívocas de amor, que serán pasto para el tiempo cuando la bruma se convierta en telaraña.

Daniel Zazo

Y LA HORMIGA HABLÓ

Perdidas en mi otoño aquellas flores quedaron y las ramas de mi oscuro árbol arañan los cielos de este invierno: varios infiernos secan las raíces y las frutas podridas caen antes de ser comidas. La oruga del orgullo roe las virtudes de una fronda muerta que se derrumba entre hongos venenosos y descoloridos marrones. Barro amasado con la leche agria de mis pechos bombeada por un corazón reventado con rojas pasiones, negra sangre sobre los sucios suelos de un guerrero desdentado y fiero que mató e hirió por ridículas banderas y con ellas hoy se limpia las babas de sus lúgubres lamentos. La hormiga advierte la enfermedad que por el tronco crece. Huyeron de mi follaje desmochado las aves y se llevaron las músicas y cánticos de aquella eterna alabanza. Hoy sólo escuchada en un lejano eco del tiempo. Chirrían todavía las chicharras del verano abrasado, gimen las víctimas de las bestias y aúllan en los salones del castillo. Pero vino el buen Hortelano a resucitar el manzano y riega con medicinales ósculos los pies que en la roca penetran, más allá de las cenizas, más allá de la tierra, más allá de las estrellas, sorben de nuevo la sangre del sacrificio y sus brotes mañana anunciarán otra primavera más nueva.

Ilia Galán

DEL PERDÓN PRENDIDO

He vuelto a perdonarme, a darme otro cobijo, otro intento de amor después de haber mordido la carne silenciosa. Me perdono con miedo. No llega a ser segura la indulgencia... ni el beso. No llega la raíz a enredarse del todo en la tierra caliente. Aún no hay sangre ni sabia ni fruta ni esperanza... Solo hay perdón a secas y poco pretendido, perdón con pieles muertas que van dejando rastro, señalan mi trayecto como si se tratara de un perdón con matices, con 'peros' amarrados. El árbol no abandona su intención de nutrirse de mis perdones chicos, de mi pobre paciencia que, a penas me descuido, abandona la sala. Perdón pido a diario. Ya no me reconforta.

Ana Agustín